

Besuch des Reichsmarschalls

Muammar



Sept.

1043

Winkelhauer
Standesamtleiter

L. Nr. 188 H. Oberkaiser, Köln

LA ESPAÑA DEL III REICH

Espías, operaciones
militares y el
secreto de la
bomba
atómica
española

TOP SECRET

Carlos Montero Rocher

■ Cydonia

Ediciones Cydonia S.L.
<http://www.edicionescydonia.com/>
Apartado de Correos 222
PORRIÑO - Pontevedra

© Ediciones Cydonia, 2019
© Carlos Montero Rocher
Primera edición, enero de 2020

Printed in Spain - Impreso en España
I.S.B.N. 978-84-949816-4-7
Depósito Legal: VG 676-2019
Diseño de cubierta: Ignacio Docampo
Maquetación: JGB
Director de la colección: Alberto de Frutos
Imprime: Reprográficas Malpe

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso escrito de Ediciones Cydonia S.L.

LA ESPAÑA DEL III REICH

ESPÍAS, OPERACIONES MILITARES Y EL SECRETO DE LA
BOMBA ATÓMICA ESPAÑOLA

Carlos Montero Rocher



A Sandra, mi compañera y a mis dos hijos, Carlos y Ferrán.

A vosotros, siempre.

A mi madre, mis hermanos y mi tía Isabel.

*A Alberto de Frutos, por creer en mí
y darme esta gran oportunidad.*

*A los reporteros anónimos que, estando en el exilio
y jugándose la vida, tuvieron el valor de denunciar lo que
sucedió en España, a sabiendas de que pocos
les leerían en aquellos tiempos oscuros.*

*Y a los archiveros y técnicos que trabajan en las
hemerotecas, que conservaron estas crónicas
e hicieron posible que yo pudiera acceder a ellas.*

Índice

Introducción	9
PARTE 1	
<i>Los objetivos militares nazis en España</i>	13
Capítulo 1. Pacto con el diablo	15
Capítulo 2. Operación “Fuego Mágico”	33
Capítulo 3. La Legión Cóndor y la aviación de combate	45
Capítulo 4. Panzers en España: el grupo Von Thoma	65
Capítulo 5. La Kriegsmarine no quiere ser menos	81
Capítulo 6. Objetivo: España en la II Guerra Mundial ..	95
Capítulo 7. España se prepara para entrar en la contienda	113
Capítulo 8. Félix e Isabella, la Wehrmacht en España a cualquier coste	127
PARTE 2	
<i>Los otros secretos nazis</i>	145
Capítulo 9. Los intereses económicos nazis en España ..	147
Capítulo 10. La relación comercial España-Alemania durante la II Guerra Mundial	161

Capítulo 11. Nazis en España tras el Santo Grial	179
Capítulo 12. En busca de otras reliquias	193
Capítulo 13. Cine nazi en España	207
Capítulo 14. Espías de la esvástica en la Península	223
Capítulo 15. Bombas volantes V-1 en España	239
Capítulo 16. España, refugio nazi	255
Capítulo 17. El último secreto nazi: la bomba atómica en España	273
Bibliografía	295

Introducción

CUANDO ALBERTO DE FRUTOS, redactor jefe de la *Revista Historia de España y el mundo*, me llamó por teléfono una tarde de diciembre de 2017 comenzó para mí una aventura que ha resultado inolvidable. El motivo de aquella llamada era proponerme, ni más ni menos, que escribir un libro. Esta propuesta se debía a que yo había realizado un par de artículos para dicha publicación en los que abordaba ciertos temas que tenían que ver con las relaciones entre la España sometida al régimen de Franco y la Alemania nazi. Aquellos artículos, que hoy dan forma a varios capítulos de este libro, habían llamado su atención y me proponía ahora escribir más profundamente sobre este tema.

Mi primera reacción, si he de ser honesto, fue decirle a Alberto que aquellos temas no resultaban suficientes para escribir un libro entero, puesto que la información con la que había trabajado era algo escasa. Sin embargo, De Frutos me animó, diciendo que aquel podía ser un punto de partida desde el cual comenzar a trabajar. Al final de dicha conversación mi respuesta fue algo así como un «Sí, creo que algo se podrá hacer». He de confesar que en muchas ocasiones –más de las que me gustaría–, me lanzo a la piscina sin saber muy

bien si hay suficiente agua para evitar romperme la crisma. Y esta vez parecía que, de nuevo iba a correr ese riesgo.

Había escrito sobre nazis en España, sí. Y, además, y no es falsa modestia, había escrito acerca de varios episodios que no habían sido tratados antes por ningún historiador (cuando lleguen a esa parte lo comprenderán); pero no era, ni mucho menos, un especialista en la materia. Durante días me devané los sesos, pues debía presentar a la editorial un esquema, una idea o cuanto menos un bosquejo de lo que pretendía hacer y el enfoque que iba a darle. Sobre los nazis en España, las relaciones entre ambos gobiernos y la situación que se vivió durante la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial entre ambos países se había escrito mucho y en muchas ocasiones de manera más que brillante.

Autores como Ángel Viñas, Hugh Thomas, Paul Preston o Pierpaolo Barbieri, por nombrar solo a unos pocos, habían abordado diferentes pasajes de la relación Franco-Hitler con verdadera maestría. Así que superarles, o tan siquiera acercarse a ellos, era una tarea más que complicada. Pero, finalmente, reparé en un detalle: cada autor se había centrado en escribir libros que abordaban hechos concretos. Había excelentes trabajos acerca de la Legión Cóndor y su intervención en la guerra civil española; sobre las relaciones diplomáticas entre nazis y franquistas; en los motivos que llevaron a la no participación de España en la Segunda Guerra Mundial e, incluso, libros y artículos que abordaban de manera brillante temas culturales como el cine de aquellos años o la existencia de episodios sorprendentes como la búsqueda de reliquias en España por parte de los nazis. Así que, al fin, se me ocurrió un enfoque para el que iba a ser mi libro. ¿Por qué no mezclar todos los hechos ya conocidos y unirlos a mis propias investigaciones para tratar de contar todo lo ocurrido entre España y el Tercer Reich?

Y ese es el trabajo que tienen en sus manos. Una reconstrucción de las relaciones entre ambos regímenes desde el mismo momento en que Hitler decidió ayudar a Franco a

ganar la Guerra Civil. Enumerar todos estos datos de manera cronológica resultaría una tarea casi imposible y ofrecería una lectura poco agradable para el lector puesto que, por ejemplo, mientras los alemanes bombardeaban Guernica, se realizaban transacciones entre los sublevados españoles y el Gobierno nazi para tratar de exportar materias primas al Tercer Reich.

Ese es el motivo por el cual este libro está estructurado de una manera concreta para evitar confusión, pero, al mismo tiempo, ofrecer al lector la mayor información posible. La primera parte del libro está dedicada a los objetivos militares que los nazis tuvieron en España desde la Guerra Civil hasta los intentos que realizaron para que Franco decidiese la intervención de España junto a las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial.

La segunda parte, sin embargo, aborda otros intereses que Hitler y sus nazis tuvieron en España. Y esos intereses incluyen desde operaciones económicas hasta protagonizar hechos sorprendentes como –y ahí entran mis investigaciones–, la fabricación de armas secretas en nuestro país.

¿Qué diferencia a este libro de otros trabajos? En primer lugar, no aborda un asunto en concreto, sino que pretende ser, humildemente, una obra que haga un repaso a todo lo que los nazis hicieron en España; conviene aclarar este punto, puesto que cuestiones como la División Azul apenas se tocan, ya que en estas páginas se hablará de la actividad del Tercer Reich en España. En este sentido, he intentado crear un punto de referencia a partir del cual el lector que se sienta interesado en alguna parte concreta de este ensayo, pueda iniciar sus propias investigaciones o, a través de los datos que aparecen, ampliar sus conocimientos.

En segundo lugar, y además de las fuentes oficiales, este trabajo se ha nutrido de cierta documentación que durante muchos años fue primero perseguida y posteriormente olvidada: la prensa clandestina que los exiliados españoles publicaban en el extranjero. Me refiero a periódicos y revistas que, prohibidos por el régimen franquista, fueron realizados po-

niendo en peligro la seguridad de quienes en ellos escribían y de sus informadores, y que, gracias a la gran labor del personal que trabaja en distintas hemerotecas y archivos, hoy pueden verse reproducidas en trabajos como este ensayo.

Por último, espero que disfruten de este libro tanto como yo he disfrutado mientras investigaba para redactar sus páginas. Y ahora, tan sólo queda añadir que comienza un viaje en el tiempo para conocer cómo fue esta “España del III Reich”. ¿Me acompañan?

PARTE I
Los objetivos militares
nazis en España



Capítulo 1

Pacto con el diablo

EL GOLPE MILITAR INICIADO EL 17 DE JULIO de 1936 no surtió, qué duda cabe, el efecto esperado por sus ideólogos e, incluso, podría decirse que fracasó, aunque con matices, obviamente. Falló porque lo que, según los planes del general Mola, debería haber sido un golpe rápido y certero al Gobierno de la Segunda República, se convirtió desde el principio en una concatenación de adversidades que desembocarían en un conflicto bélico que desgarró dolorosamente España en dos mitades que, aún hoy, no han podido unirse totalmente.

El principal fallo de este golpe de Estado se debió a la ineficiencia de las comunicaciones y a una alarmante desorganización. Estos hechos propiciaron que el levantamiento, que comenzó en la zona del Marruecos español el 17 de julio, no llegara a las zonas del norte peninsular hasta el día 21, lo que supuso un retraso fatal para los anhelos de una victoria rápida. Ese retraso, además, fue decisivo para que los planes ideados por Mola no salieran como estaban previstos y fracasaran en los principales núcleos de población como Madrid, Barcelona, Valencia o Bilbao, lugares donde el Gobierno legítimo de la República consiguió controlar la situación.

Una República, por cierto, a la que dicha conspiración no había pillado desprevenida ya que, desde hacía meses, su Gobierno, quizá alarmado por los rumores que circulaban, decidió hacer cambios en la cúpula del estamento militar, colocando y ascendiendo nuevos jefes militares en sustitución de otros menos fiables. Aun así, tampoco se consiguió evitar un derramamiento de sangre.

Después de unos días angustiosos, el resultado de aquel levantamiento militar podía medirse con frías cifras y estadísticas. Pierpaolo Barbieri, en su obra *La sombra de Hitler. El imperio económico nazi y la guerra civil española*, nos da el siguiente dato: «...el 21 de julio, más de 620.000 kilómetros cuadrados permanecían leales a Madrid, mientras que 285.000 estaban en poder de unos nacionales dispersos». Esta situación, unida a que las fuerzas republicanas –en las que no hay que obviar el hecho de que estaban nutridas de manera significativa por milicias obreras unidas al ejército leal–, fueron capaces de controlar importantes sectores estratégicos e industriales como el acero, las industrias químicas y fábricas de explosivos, dio a la República una ventaja inicial frente a las fuerzas sublevadas.

Dicha ventaja también se repetía en otros factores no menos importantes. El control de las principales ciudades, sobre todo Madrid, por parte del Gobierno de la República, le permitía disponer de recursos económicos con los que financiar la guerra y la gran reserva de oro, la cuarta más grande a nivel mundial, parecía garantizar el éxito a los republicanos ya que, por el contrario, los sublevados no disponían de dinero efectivo ni recursos económicos más allá de las ayudas de ciertas personalidades y dependían, según Barbieri «del dinero republicano que circulaba bajo sus zonas de control».

Pero existía un problema mucho más grave para los planes de éxito de los sublevados. Debido al fracaso del “alzamiento”, las fuerzas sublevadas habían perdido también cualquier ventaja geográfica, ya que su zona de control se encontraba, literalmente, partida por la mitad. Dicha fractura se había produ-

cido debido a un hecho trascendente: la fidelidad que había mantenido la Marina de Guerra al Gobierno de la República. Este contratiempo había supuesto para los sublevados que las tropas comandadas por el general Franco, que había encabezado la rebelión en la zona de Marruecos, no pudieran pasar a la Península, privando al resto de los rebeldes de las, sin duda, mejor y más entrenadas tropas para llevar a buen término sus planes.

A no ser que ocurriera un milagro, la sublevación militar estaba en aquellos momentos abocada al más rotundo de los fracasos. Y ese milagro se produjo en forma de un pacto con, ni más ni menos, el mismísimo diablo.

La ayuda bélica internacional

La situación española en aquellas jornadas de julio, posteriores a los días 17 y 18, parecía haber llegado a un estancamiento y, de no resolverse de una manera rápida y eficiente, corría el riesgo de agravarse y desembocar, como finalmente ocurrió, en una guerra larga y costosa, tanto en vidas humanas como en términos económicos.

Ambos bandos tuvieron claro que, para lograr someter al enemigo, necesitaban recurrir a las potencias extranjeras y así desnivelar la balanza para terminar con el conflicto. España era un país pobre y escasamente preparado a nivel militar, lo que lanzó a ambos contendientes a buscar apoyos fuera de las fronteras españolas. Sin embargo, los resultados de las respectivas gestiones, tanto del Gobierno republicano como de los líderes del golpe militar, no surtieron el mismo efecto.

El Gobierno de la Segunda República acudió casi de inmediato a las potencias amigas, principalmente Francia, donde gobernaba el Frente Popular de León Blum. José Giral, el presidente del Gobierno español en aquel momento, escribió un telegrama desesperado al propio Blum en el que le pedía ayuda mediante este agónico mensaje: «Nos ha sorprendido

un peligroso golpe militar. Le ruego que organice ayuda con armas y aviones. Fraternalmente, Giral».

Blum, desde el principio, valoró la situación y concluyó que Francia debía apoyar al Gobierno legítimo español. Estaba convencido de que el futuro del Frente Popular español repercutiría de manera vinculante en el francés. Blum oteaba con preocupación un horizonte poco tranquilizador que se extendía por toda Europa y en el cual la ascensión al poder del partido nazi en Alemania hacía a Francia temer que la sublevación militar que había tenido lugar en España triunfase. En caso de producirse, ese triunfo dejaría al país galo rodeado por regímenes de corte militar y, a todas luces, amantes del totalitarismo.

El líder francés concluyó que, en efecto, era más peligroso negar la ayuda a la República Española que mirar hacia otro lado y observó con alivio cómo su gabinete ejecutivo se mostraba de acuerdo con él. Las peticiones del Gobierno español eran en realidad muy modestas, ya que tan sólo demandaba veinte bombarderos y mil fusiles con su respectiva munición. Dicho material estaba ya preparado para ser enviado a España. Sin embargo, para hacer efectiva su entrega, se necesitaba la autorización del Gobierno francés y Blum no quería armar a la República creando un malestar económico. Por otro lado, ni Inglaterra ni Estados Unidos quisieron ayudar a la República y tan sólo la URSS prestó algo de auxilio al desesperado Gobierno republicano.

Si los intentos republicanos de obtener ayuda internacional resultaron infructuosos, los sublevados sí supieron llamar a las puertas correctas y, aprovechando la situación que se vivía en Europa, encontraron dos aliados que resultaron de vital importancia para el transcurso de la guerra.

Desde un primer momento y debido, lógicamente, a las afinidades ideológicas de muchos sublevados, los esfuerzos por encontrar ayuda en el exterior de nuestras fronteras se enfocaron a la Italia fascista de Benito Mussolini. Además de esa afinidad ideológica, también existía un compromiso que respon-

día a los acuerdos contractuales entre una serie concreta de conspiradores anti republicanos y el Gobierno de Roma. La llegada de la República a España había enfriado las relaciones que Italia había estado manteniendo con el Gobierno español desde los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera y, ya en 1934, el propio Mussolini había dado su consentimiento para ayudar a varios monárquicos que buscaban dar un golpe de estado a la casi recién nacida república y nombrar Jefe de Estado al general Sanjurjo. Dos años después, el 1 de julio, ya se tenían firmados los documentos pertinentes para realizar el envío de ayuda a los rebeldes.

El primero de esos contratos, de los cuatro que en total se firmarían, estipulaba la venta de doce aviones Savoia-Marchetti 81 para el transporte de tropas, mientras que el resto de los acuerdos se centraban en las condiciones de venta y entrega de aviones de caza Fiat, así como otros materiales bélicos de suma importancia, como armas y explosivos.

La Italia fascista no sólo envió estos aparatos y armas para ayudar a los rebeldes españoles, sino que en los meses siguientes se produjo lo que muchos estudiosos han bautizado como la “invasión italiana de España”, debido a que Mussolini envió a combatir a la Península Ibérica a unos 75.000 soldados, acompañados de 6.000 aviones de combate y centenares de piezas de artillería.

Sin embargo, Italia no fue la única potencia extranjera a la que se dirigieron los sublevados para pedir ayuda. Existía un régimen incluso más oscuro que el de Mussolini y que estaba deseoso de dar un puñetazo en el tablero estratégico en el que se había convertido Europa, para así recuperar su antiguo esplendor. Adolf Hitler había accedido al poder en 1933 y se había propuesto dotar a Alemania de un futuro glorioso a toda costa. Defraudado y humillado por cómo había sido tratado su orgulloso país tras el armisticio de la Primera Guerra Mundial, Hitler no estaba dispuesto a soportar por más tiempo la penosa situación a la que Alemania había sido abocada tras las duras sanciones impuestas en el Tratado de Versalles. Por ese

motivo, el Tercer Reich había ido llevando a cabo una serie de acciones que estaban siendo contempladas con preocupación por parte del resto de los países vencedores.

Hitler y sus nazis estaban decididos a recuperar para Alemania el estatus que se le había arrebatado y mediante acciones como el rearme –en contra de lo estipulado en el Tratado de Versalles–, la interrupción del pago de las indemnizaciones impuestas por los vencedores en la Gran Guerra y su salida de la Sociedad de Naciones, pretendían forzar la situación internacional de aquel momento para lograr sus objetivos.

La llegada de Hitler al poder había obrado el milagro impensable de la recuperación económica alemana, aunque en el verano de 1936 se estaba viviendo una crisis financiera y económica debida a la escasez de divisas convertibles, lo que había supuesto una restricción en el volumen de las reservas de materias primas de las que el Tercer Reich disponía. A todas luces, la Alemania del Tercer Reich estaba creciendo a pasos agigantados. Renania, una región que tras el tratado de Versalles debía quedar libre de cualquier elemento militar alemán, había sido remilitarizada, lanzándose así un envite a Francia e Inglaterra. Además, el régimen nazi no era para nada amigo del comunismo y, desde la España sublevada se veía como un país al que pedir ayuda militar, precisamente, para combatir el comunismo en España.

La primera petición de ayuda por parte de las tropas sublevadas a los nazis no fue dirigida a Adolf Hitler. Franco, agobiado por la situación de sus tropas africanas, encomendó el 22 de julio a su segundo, Juan Beigbeder, que enviase una nota al agregado militar alemán en París pidiendo urgentemente diez aviones de transporte para que sus soldados pudiesen cruzar el Estrecho y llegar a la Península para tomar parte activa en los enfrentamientos que se estaban produciendo. Sin embargo, aquella nota jamás tuvo una contestación clara.

El general Mola, como jefe de la Junta de Defensa Nacional, también había intentado sin éxito entrar en contac-

to con las empresas alemanas para solicitar cualquier tipo de ayuda que pudieran prestarles, pero aquel intento también se saldó con un rotundo fracaso. El tiempo corría en contra de los sublevados. Aunque Mola había tenido éxito en el norte de España y controlaba importantes zonas como Navarra, lo cierto era que, si las tropas acantonadas en Marruecos no aparecían pronto, el golpe militar corría un serio peligro de fracasar, a pesar de la ayuda que ya se estaba recibiendo procedente de Italia y Portugal. Hacía falta un golpe de fortuna, dar con la fórmula correcta que abriera las puertas del Tercer Reich y, con ello, acceder a la colaboración germana y obtener el éxito en la lucha contra la República.

La misma tarde del 22 de julio en que Beigbeder había enviado la nota al agregado militar alemán en París, un preocupado Francisco Franco recibió una visita que marcaría el devenir de la futura alianza entre la España franquista y el régimen nazi alemán. Aquella tarde apareció ante los ojos de Franco una pareja de ciudadanos alemanes. Sus nombres eran Adolf Langenheim, líder del partido nazi en la ciudad de Tetuán y un tal Johannes Bernhardt. Este último, de treinta y nueve años de edad, era un hombre de negocios hecho a sí mismo a base de superar adversidades y que ya sabía lo que era el fracaso, al haber sufrido una bancarrota durante el *crack* de 1929. Ahora, como director de la compañía alemana H. und O. Wilmer, sucesores de H. Tönner, había visto una oportunidad de oro para volver a ganar grandes sumas de dinero si era capaz de gestionar con éxito la situación que se presentaba en aquellos convulsos meses del verano de 1936.

Durante la reunión, Franco expuso su delicada situación y la necesidad de llevar sus tropas a la Península debido a los decisivos sucesos que estaban teniendo lugar en la misma y donde ya se estaban librando los primeros enfrentamientos armados entre las fuerzas gubernamentales republicanas y las tropas sublevadas.

Bernhardt, aunque afiliado al partido nazi, no era una personalidad influyente dentro del mismo. Aun así, tuvo

claro desde el principio que, para poder llegar a Hitler, había que salvar las diferencias que existían entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y la Organización de Asuntos Extranjeros del partido, la Auslandorganisation. Lucas Molina Franco, en su libro *El legado de Sigfrido*, apunta que Bernhardt «intuía –probablemente sin percatarse totalmente de ello–, que en el Ministerio abundaban miembros de la resistencia a Hitler, dispuestos a sabotear toda iniciativa que pudiera beneficiar al “odiado” Partido Nacional-Socialista».

Franco sabía que necesitaba contar con un hombre de negocios que supiera llamar a las puertas precisas para proporcionarle una salida exitosa a su delicada situación y Bernhardt parecía saber qué hacer para intermediar entre Franco y las más altas esferas del partido nazi. La conversación fue transcurriendo hasta llegar al punto en el que el futuro dictador propuso que fuese Bernhardt quien viajase a Berlín para ayudarle a conseguir la ansiada ayuda alemana.

El germano vio su oportunidad y, aunque no estaba del todo seguro de poder llegar a su destino, mostró su entusiasmo ante la misión que se le estaba encomendando. Sin embargo, como hombre de negocios que era, Bernhardt preguntó a Franco acerca de los aspectos económicos, ya que estaba claro que, al contrario que Italia o Portugal, que tenían lazos más estrechos ideológicamente hablando con los sublevados, la ayuda que podía recibir de los nazis podía transformarse en una mera transacción comercial.

Franco le comunicó que se hallaba en poder de unos doce millones de pesetas que estaban depositados en el Banco de España de Tetuán, lo que, a todas luces, y tal y como le expuso claramente Bernhardt, era una cantidad casi ridícula para una empresa tan ambiciosa. No obstante, para tranquilidad del propio general español, el alemán le dijo que había una vía que se basaba en la confianza y el crédito que los nazis quisieran otorgar a la causa. Algo con lo que estaba acostumbrado a tratar.

Finalmente se concretaron los detalles del viaje a Berlín. Bernhardt le comunicó a Franco su deseo de que Langenheim le acompañase puesto que, sin duda, él podría conocer a más nazis influyentes que les serían de una gran ayuda. El viaje se haría en un avión Junker Ju 52/3 m confiscado en Las Palmas por el general Orgaz y que llegaría a Tetuán en la madrugada siguiente a la reunión.

Franco escribió una carta al propio Adolf Hitler que nunca se ha localizado, por lo que se supone que se perdió o fue destruida en algún momento. Lucas Molina Franco cree que pudo ser el mismo Führer quien destruyera esa carta, debido al secretismo que debía envolver toda la operación. No obstante, podemos hacernos una idea de lo que el general español escribió al líder nazi gracias a que el propio Johannes Bernhardt reconstruyó, de manera un tanto imprecisa al hacerlo de me-



Franco acompañado por varios ciudadanos alemanes. El segundo por la izquierda es Johannes Bernhardt.

moria, el contenido de dicha misiva. El autor del libro *Hitler y la guerra civil española*, Wilfred von Oven, amigo personal del propio Bernhardt, transcribe en dicha obra la carta rescatada de los recuerdos del hombre de negocios alemán y que dice los siguiente:

«Excelencia:

Nuestro movimiento nacional y militar tiene como objetivo la lucha contra la democracia corrupta de nuestro país y contra las fuerzas destructivas del comunismo, organizadas bajo el mando de Rusia.

Me permito dirigirme a V. E. con esta carta, que le será entregada por dos señores alemanes que comparten con nosotros los trágicos acontecimientos actuales. Todos los buenos españoles se han decidido firmemente a comenzar esta gran lucha, para el bien de España y de Europa.

Existen severas dificultades para transportar rápidamente a la Península bien comprobadas fuerzas militares de Marruecos por falta de lealtad en la Marina de Guerra española.

En mi calidad de Jefe Superior de estas fuerzas, ruego a usted me facilite los medios de transporte aéreo: 10 aviones de transporte de la mayor capacidad posible; le pido además 20 piezas antiaéreas de 20 mm y 6 aviones de caza Heinkel. La cantidad máxima de ametralladoras y de fusiles con sus municiones en abundancia. Además, bombas aéreas de varios tipos, hasta 50 kg.

Excelencia, España ha cumplido a través de toda su historia con sus compromisos. Con Alemania se siente más unida que nunca en estas horas de su cruzada en la lucha contra el comunismo.

Francisco Franco Bahamonde.

Jefe Supremo de las Fuerzas Militares en Marruecos.»

Bernhardt y Hitler: un encuentro decisivo

A las 17:30 horas del 23 de julio de 1936, el Junker incautado puso en marcha los motores al mando del piloto alemán de treinta y cuatro años Alfred Henke, perteneciente a la plantilla de Lufthansa y llevando como pasaje a Bernhardt, Langenheim y Arranz. Comenzaba así un vuelo desde Tetuán a Berlín, pasando primero por Sevilla para recoger al representante en España de la compañía Lufthansa.

Tras una serie de vicisitudes, como problemas mecánicos y averías en la radio del aparato e, incluso, un encuentro con un avión de caza republicano, finalmente la comitiva llegó a su destino en Alemania.

El 25 de julio, Hans-Heinrich Dieckhoff, responsable por aquel entonces del Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich, tal y como había previsto Bernhardt, emitió un memorando en el que intentó poner sobre aviso al Gobierno alemán acerca de la llegada de los emisarios españoles «con instrucciones del General Franco para negociar con nuestras autoridades la compra de aviones y material de guerra». En ese mismo documento, Dieckhoff también instaba al Gobierno nazi a negar cualquier ayuda para evitar problemas diplomáticos y que continuasen «rehuyendo cualquier contacto con los dos oficiales. La entrega de armas a los rebeldes se sabría enseguida. Todas las autoridades oficiales deben permanecer completamente al margen».

Aquel memorando constituía la prueba que confirmaba los temores de Bernhardt y, al mismo tiempo, fue su primera victoria en esta operación, ya que, de haber seguido los cauces formales, esto es, utilizando los medios diplomáticos como anteriormente se había hecho, Franco no hubiese obtenido respuesta alguna, al igual que ya había pasado cuando envió a Beigbeder a París o cuando Mola cuando solicitó ayuda al Tercer Reich. Tanto a Dieckhoff como a su superior, el ministro Von Neurath, se les habían ocultado los verdaderos planes del partido nazi.

El mismo día 25 de julio, tras despedir a Arranz, Bernhardt y Langenheim se dirigieron a la sede de la Auslandorganisation. La presencia del líder del partido nazi en Tetuán se convirtió en otro pequeño éxito para Bernhardt ya que, como también había supuesto acertadamente, la posición de su acompañante dentro del partido que gobernaba Alemania le iba a ser de gran ayuda a la hora de contactar con personas influyentes. En efecto, aquel día fueron recibidos por Wolfgang Kraneck, jefe del departamento jurídico-político de la Auslandorganisation y amigo personal de Langenheim y quien, tras recibir una breve explicación acerca del motivo de la visita, les presentó a su superior, Ernst Wilhelm Bohle.

Tras escuchar con atención las peticiones que Bernhardt estaba exponiendo y ante la seriedad de asunto que se estaba tratando en su despacho, Bohle decidió que una decisión tan importante y delicada debía ser adoptada por el propio Führer. Tras unos momentos de vacilación, Bohle concluyó que la vía más rápida y segura para llegar hasta el máximo mandatario alemán era a través del, por aquel entonces, número dos del partido nazi y mano derecha del propio Adolf Hitler: Rudolf Hess.

Tras una conversación telefónica con Hess, éste consideró que las noticias por las que el hombre de negocios alemán y el jefe de los nazis en Tetuán estaban allí, eran más que suficientes como para tomarlas en consideración con la calma y frialdad que la magnitud del asunto requería. Hess dispuso de su propio avión personal para que se recogiese a Bernhardt y a Langenheim en Berlín y los llevara hasta Turingia, lugar donde el secretario personal de Hitler se encontraba disfrutando de sus vacaciones.

Una vez ante su presencia, Hess pidió que se entrara en detalles y se expusiera de manera clara y directa el motivo del viaje de estos dos personajes. Johannes Bernhardt desplegó todas sus dotes de hombre de negocios y, sin dejar que Langenheim abriera la boca, expuso tanto la situación españo-

la como la petición que Franco realizaba al Tercer Reich. Una vez concluyó la exposición del industrial alemán, Hess, ante la sorpresa de los presentes, descolgó el teléfono y llamó a Adolf Hitler. El Führer se encontraba en aquel preciso instante asistiendo a una representación de la *Walkiria* de Wagner que estaba siendo representada en el Festival de Bayreuth y, ante la insistencia de Hess, su ayudante, el general Wilhelm Brückner, interrumpió el momento de ocio del máximo mandatario nazi.

Después de la exposición que hizo de la situación, Hess, quien quizá vio en esta operación la ocasión de recuperar terreno ante el empuje del resto de jefes nazis para hacerse con el favor de Hitler, y ante la sorpresa de los presentes que asistían con el pulso acelerado, anunció que Hitler se había mostrado interesado en atender las peticiones de la delegación venida desde España y les citaba para aquel mismo día. Nuevamente, un avión oficial les recogió y, en poco tiempo, la comitiva enviada por Franco se encontró instalada en un pequeño albergue cerca de la mansión de Wagner en Bayreuth.

En pocos días, Johannes Bernhardt había pasado de trabajar para una empresa alemana en Tetuán a estar, ni más ni menos, ante el hombre más poderoso de Alemania y, lo que era lo más sorprendente, éste estaba dispuesto a escucharle. No es difícil imaginar el estado de nerviosismo que tanto el industrial teutón como Langenheim debieron sentir cuando la imponente figura de Adolf Hitler les tendió la mano. Una vez más fue Bernhardt quien tomó las riendas de la situación y llevó el peso de la conversación, traduciendo el mensaje escrito por Franco y enseñando los croquis que el general español aportaba para dar conocimiento de la situación militar en España.

Enterado de los motivos de la visita, Hitler se interesó aún más, teniendo en cuenta que, después de conocer la situación en que se encontraba el conflicto español, todo parecía indicar que la balanza estaba claramente inclinada a favor del bando republicano... a no ser que se actuase de manera rápida y certera. No en vano, Hitler, a pesar de estar disfrutando

de unos días de descanso, no era ajeno a la situación que se vivía en España y, de hecho, había recibido aquella misma mañana un informe desde la embajada alemana en Madrid en el que se le informaba que el golpe había fracasado, por lo que iba a desencadenarse una guerra civil que podía alargarse en el tiempo.

Sin embargo, Bernhardt desplegó de nuevo todo su catálogo de trucos de vendedor y se esforzó para hacer ver los aspectos positivos de la intervención del Reich en el conflicto español. Cuando llegó al delicado asunto del pago que se le daría a Alemania a cambio del material solicitado, se generó un ambiente incómodo, ya que Bernhardt fue sincero y, aunque aseguró que los sublevados pagarían hasta el último *reichmark*, indicó que Franco tan sólo disponía de unos escasos doce millones de pesetas en aquel momento. El pago de la deuda quedaba pues vinculado a la victoria final de los rebeldes, en el caso de que esta se produjese finalmente.

Según Wilfred von Owen, cuando Hitler oyó la cifra con la que Franco ofrecía pagar la ayuda alemana, éste exclamó: «Que utilice ese dinero exclusivamente para pagar a las tropas. Un ejército en guerra tiene que ser pagado y alimentado puntualmente». Con estas palabras, Hitler daba a entender la decisión que había tomado tras dos horas de reunión. Alemania ayudaría la causa de los sublevados en su lucha contra la República. Franco podía respirar tranquilo, pues sus tropas podrían cruzar el Mediterráneo y Bernhardt sonrió al saber el prometedor futuro que se abría ante él.

Faltaba saber por qué Adolf Hitler estaba dispuesto a enfrentarse diplomáticamente a las otras potencias europeas en un asunto que, a priori, le importaba tan poco, como era España y la guerra que en este país se estaba comenzando a librar.

Las razones del Führer

Hasta aquella reunión en Bayreuth, España no significaba gran cosa para un mandatario como Adolf Hitler, decidido a cambiar las tornas en el tablero internacional. El Führer había ideado una teoría del espacio vital o *lebensraum*, con la que pretendía hacer más grande a Alemania, y la península ibérica no entraba para nada en aquellos planes. Sin embargo, la concepción que el Führer tuvo de España a partir de aquel momento pareció cambiar y, casi al instante, vislumbró para España un papel dentro de la Europa nazi que Hitler estaba dispuesto a crear.

Una de las razones por las que Hitler decidió otorgar su ayuda al general Franco, residía en el hecho de que el golpe de los militares españoles había surgido para luchar contra los mismos objetivos que los nazis perseguían y odiaban, como el comunismo y el anarquismo, la masonería, el socialismo, el liberalismo y la democracia. En palabras de Walther L. Bernecker, en un trabajo titulado *La intervención alemana en la guerra civil española*: «Los únicos que constituyeron una excepción fueron los judíos».

Dicha lucha, sobre todo contra el comunismo, sería utilizada por la maquinaria de propaganda nazi dirigida por Joseph Goebbels, quien explotaría el enfrentamiento ideológico entre los dos bandos enfrentados en España en beneficio de la Alemania nazi. La guerra civil española aparecía ahora como un pretexto más para justificar el rearme de Alemania, amparándose en un avance amenazador del comunismo. Sin embargo, los propios nazis sabían que, en realidad, desde el interior de las fronteras españolas no había ninguna amenaza ideológica comunista ya que, la debilidad del Partido Comunista de España (PCE), así como la política antirrevolucionaria tanto de comunistas españoles como del propio Stalin –que buscaba evitar todo tipo de revolución social–, eliminaba de un plumazo cualquier amenaza.

Ciertamente, Stalin consideraba que un movimiento revolucionario de dichas características en España podía ser problemático para la Unión soviética, ya que ésta se encontraba enfrascada en una política exterior que buscaba, precisamente, no enemistarse con otros países y, aunque no escondiese su simpatía por la causa republicana, la URSS se movió con cautela a la hora de intervenir.

Pero este aspecto del anti comunismo de la Alemania nazi obedecía más bien no sólo a la existencia de una amenaza urgente, sino a preparar el terreno para el futuro. España podía convertirse en una pieza clave de la partida de ajedrez que iba a desarrollarse en los años siguientes y había que estar bien posicionado en el tablero. En este sentido, Hitler había planeado que, una vez concluida la guerra, España no se viera influida por Moscú, París o Londres, sino que fuese un futuro aliado del Tercer Reich con el que afrontar juntos un enfrentamiento definitivo con los países anteriores, llegado el momento. La posibilidad de que una vez finalizada la contienda española pudiese instaurarse de nuevo un régimen afín a la izquierda tenía para Hitler una gran importancia geoestratégica de cara al futuro y era un motivo más que justificado no sólo para ayudar a Franco, sino para intervenir en la guerra a favor de éste.

En declaraciones del propio Hitler, manifestadas a Joachim von Ribbentrop, por aquel entonces embajador del Reich en Londres, si se creaba una España afín al régimen comunista «... tal como está la situación en Francia, será sólo cuestión de poco tiempo el triunfo del bolchevismo en este país, y en ese caso ya puede Alemania “despedirse”. Enclavados entre un poderoso bloque soviético al Este y un fuerte bloque comunista hispano-francés al Oeste, apenas podríamos defendernos si a Moscú se le ocurriese marchar contra Alemania».

Dicho temor se vio agravado cuando desde la embajada alemana en Madrid, el 24 de julio llegó el siguiente telegrama: «Victoria del Gobierno traería serias consecuencias para la

política interna y externa. En cuanto a la primera, aseguraría dominio marxista en España por largo tiempo, con peligro de régimen soviético español; en cuanto a la segunda, supondría estrechar unión con España –ideológica y materialmente– con bloque soviético-francés».

El objetivo parecía evidente: favorecer la creación de una España de ideología anti comunista y que además fuese claramente afín a un régimen como el nazi. Hitler vio claro el plan a trazar y, además, encontró el instrumento capaz de lograr llevar a buen término sus propios planes: el propio general Franco. El Führer no ayudaría a los sublevados, sino única y exclusivamente a Franco, puesto que quizás había adivinado en este general que le imploraba aviones para llevar a sus tropas, al hombre capaz de crear la España que imaginaba y necesitaba Hitler. Con la decisión de ayudar a Franco, dejando a un lado a Mola y su Junta de Defensa Nacional, el Führer alteraba de manera inmediata y premeditada el liderazgo del movimiento sublevado. Hitler dibujaba en su mente una concepción de Europa en la que acababa de entrar España, pero la intervención nazi en la guerra civil española también obedecía a intereses más “mundanos”.